

¿Te acuerdas?

Juan Carlos Andrade Guillén

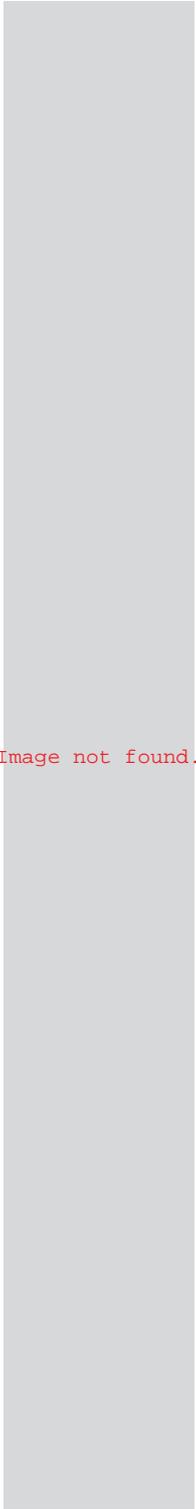


Image not found.

Capítulo 1

¿Te acuerdas?

Te acuerdas cuando salíamos de madrugada de casa. Me gustaba acompañarte a tu trabajo y detenernos por un jugo de naranja a medio camino antes de subir al autobús que siempre iba repleto. Recuerdo que le agregabas dos yemas de huevo a tu jugo, lo cual a mí me parecía asqueroso, pero pasaba bien por tu garganta. Todavía me pregunto porque a un niño de ocho años le permitían entrar a una fábrica y pasear como si nada entre las máquinas de la línea de producción. Ahora que soy adulto y conozco las reglas estrictas de seguridad que debe cumplir cualquier empresa, sé que eso es imposible!, pero la cosa es que siempre te las ingeniabas para que yo anduviera explorando aquella fábrica por dentro y por fuera. Que orgullo saber que gracias a ti; esos engranes eran capaces de trabajar, esas cadenas podían arrastrar esos pesos enormes de material virgen, que al final, quedaría transformado en una pieza útil que haría más fácil la vida de las personas, y que, si por algún motivo se presentaba un desperfecto, estabas tú, un hombre que con sus manos mágicas haría funcionar nuevamente todo ese sistema de fierros crujientes. Sí, el dueño de esa empresa debía sentirse feliz de contar contigo como su colaborador.

También recuerdo cuando me compraste mi primera bicicleta: Hermosa, larga, color rojo intenso y gigante aún para mí. Era gracioso ya que no podía ni alcanzar los pedales, recuerdo que Javier, el vecino de a tres casas, fue el que tuvo que manejarla ese día, ya que él si alcanzaba los pedales y yo sentado detrás, disfrutaba como si fuera quien llevara el volante, como si fuera yo quien imprimía esa fuerza en cada pie para alcanzar cada vez más velocidad, te aseguro que mi corazón latía igual de fuerte; pero no era por esfuerzo, era por la emoción y la felicidad de saber que tú me habías hecho ese regalo que tanto esperaba.

- Mira Jacinto, ya viene la curva -dijo Javier.

- ¡Dale más duro Javier!, ¡acelera!

- agárrate ya viene la bajada

- ¡Dale!, ¡dale Javier!

Ese sentimiento de saberme amado y protegido, ese sentimiento que ningún niño percibe en el instante, pero que cuando es adulto sabe que es felicidad.

Recuerdo cuando me enseñaste a pescar; Bolitas de gordas de maíz saladas en cada anzuelo -decías- ahora pon un peso al final del sedal y

por último levanta el hilo en movimientos circulares sobre tu cabeza y lánzalo hacia la presa, y así se repite el proceso con diez hilos diferentes y separados.

Ahora silencio. No debes hacer ruido, ven vamos hacia el otro lado, hace falta el fuego y preparar el lugar donde dormiremos.

Nuevamente ese sentimiento, ¿qué es?, no sé, ¿sabe el cachorro cuando llega su dueño que es lo que siente?.

Hoy es un gran día -dijiste- ven acompáñame; dile a tu madre que tardaremos dos horas y que iremos a comprar un martillo porque le vamos a poner su estante que tanto ha pedido estas dos semanas en su cocina. Salimos hacia donde las calles estaban prácticamente vacías, un lugar sin ferreterías o algo parecido, y de repente:

-Ven pásale a este lado del coche, ya estas suficientemente grande

- ¡¿En serio?! Yo...

-¡Nada!, ipásate y enciende el carro!

-¿Estás seguro?

-Ahora primera velocidad, así, con cuidado

Espera, espera, ifreno!

Uff , icuidado!, es por eso que se apaga todo, debe ser suavcito, con calma.

Muy bien por hoy fue suficiente, mañana a ver que inventamos para salir a practicar.

Siempre tu presencia, siempre tu compañía, como dicen; en las buenas y en las malas, que de esas tengo muchas también.

-Jacinto ven -dijiste con esa voz agotada-, «preludio de palabras y frases que nunca olvidaría».

Siempre te apoyé, siempre te di lo máximo que estaba en mis posibilidades; tu única obligación era estudiar y ahora me sales con esto, con que reprobaste, icon que tomas y fumas!, ¡¿con que no podrás inscribirte al nuevo semestre?!

¡Hasta aquí llegué yo!, de ahora en adelante si necesitas algo, si quieres alcanzar una meta: será por tu esfuerzo, por tu dedicación y por tu

decisión.

Pasaron días, semanas. Después de ese golpe duro, de ese error, de esa lección aprendida, no te podía ver a los ojos, porque en mi mente solo estaban las palabras, le fallé, lo lastimé, lo decepcioné. Y aun así te acercaste a decir:

-No quiero verte así, quiero que seas el de antes, quiero verte sonreír, la vida es una secuencia de lecciones, te tocó aprender con un golpe, pero esto sigue, hay más horizonte, se puede iniciar de nuevo.

Al pasar los años, me alegró darte la noticia de que el próximo mes era mi graduación, terminé la carrera -dije-, ya tengo sus boletos para la fiesta, ahí conocerás a mi novia y futura esposa...

Nuevamente el orgullo en tus ojos, nuevamente esa mirada tierna, nuevamente la paz en tu mente.

Como han cambiado las cosas desde ese día hasta hoy; experimentamos los dos el dolor más grande, el sentimiento más profundo, el desgarrar un corazón de un golpe en dos pedazos. Solo hay en nuestras mentes recuerdos, momentos, sonrisas y lágrimas...

Casi no me reconocí cuando me vi en este espejo, estuve observando cada escalón con los regalos que me preparaste, mi comida, mi bebida y mi postre favorito; Mis libros preferidos. Estuve observando cada fotografía y disfrutando el aroma de las flores, todas esas velas me facilitaron el camino, me guiaron.

Recuerdo que desde donde estaba, comencé a escuchar murmullos que captaron mi atención y me sacaban poco a poco de mi sueño, mientras me acercaba siguiendo un punto de luz que veía tan lejano en un inicio. Los murmullos se hacían más intensos, comencé a identificar palabras, después el punto de luz iba tomando forma, un círculo, una estrella, hasta que al final, reconocí la figura de una cruz.

Los murmullos se hicieron palabras y las palabras oraciones. Reconocí tu voz. Supongo que hablabas cada que colocabas un objeto sobre estos escalones, porque al llegar, te escuché hablar del último libro que disfrutamos juntos, de la última canción que cantamos juntos, del último paseo, y del último esto y del último otro. Era fantástico verte colocar cada objeto y contar una historia. Te confieso que sólo me perdí lo que habrás dicho antes de colocar las velas, porque disfruté las narraciones desde el primero hasta el séptimo escalón, la historia de cada objeto y el recuerdo que compartimos.

Es extraño, los recuerdos no se borraron, los sentimientos y el cariño siguen presentes, e incluso, el sentido del deber, y sé que es mi deber

darle las gracias; que sepas que lo hiciste bien, que sepas que si me dieran a escoger te escogería nuevamente. Pero hay algo que lamento. No te puedo hablar, no te puedo abrazar, no te puedo decir te quiero, no puedo ni siquiera hacerte saber que estoy aquí, que estoy disfrutando de tu regalo, que te estoy mirando a los ojos, que me duele que estés sólo. Viejo, como quisiera estar contigo y pasar mi mano sobre esas canas, llevarte del brazo, hacerte un cariño, comprarte un bastón y recordar contigo todos esos momentos que sólo tú y yo conocemos, porque los vivimos juntos, nadie más. Son recuerdos sólo de los dos.

Con cuanto cariño te vi recortar cada papel, preparar cada alimento, acomodar cada flor y cada fotografía, buscar cada caja de madera para formar exactamente esos siete escalones en forma de pirámide, pero aquí estoy viejo, junto a ti. Ya no sientes mi aliento en tu cara, ya no sientes el roce de mi mano, ya no escuchas mis palabras, pero tu corazón sabe que estoy aquí y se dibuja una sonrisa en tu cara. Si mi viejo, aquí está tu hijo que viene a compartir este día, esta noche y también a pedirte perdón por tantos errores y problemas que te di, por tantos desvelos, por tantos corajes y por tantas decepciones.

Aquí estoy, atendiendo a tu llamado, guiado por esa cruz de velas que destella en mis ojos, si soy yo, y lo que más lamento, es que nunca escucharás esas palabras de agradecimiento que nunca pronuncié cuando debía, y ahora, aunque las grite no será posible que las escuches.

Amor incondicional. Sólo así puedo describir el sentimiento de un padre, de una madre hacia sus hijos. Padre gracias, gracias por todo, desde este lugar te digo que te amo, que siempre estás en mi mente como el mejor recuerdo, sé que me entiendes, sé que recibiste mi mensaje, veo la paz en tu rostro y ahora estoy listo para descansar nuevamente, compartimos después de todo un día y una noche más, cada uno a su manera. Estoy bien padre, estoy en paz y contento, algún día te recibiré para guiarte en lo que tú aún desconoces, nos reencontraremos e iniciaremos el recuerdo eterno, que no será un recuerdo será un presente.

Está hermoso el altar, está hermosa la noche. Cada una de las almas que caminaban junto a mí ha gozado de lo mismo en esta noche. En este noviembre, donde por fortuna, podemos compartir nuevamente nuestra compañía. Disfruté mucho la comida y esas tortillitas hechas a mano, ese café caliente y esa salsa de la tía que en verdad extrañaba. Todo estuvo excelente, me voy, pero cada que me lo pidas volveré a este mundo de los vivos a compartir este día y esta noche junto a ti. Hay más tiempo que vida mi viejo no esperaras mucho, pero mientras tanto, te dejo mi gratitud, mi respeto y mi cariño, yo también estoy ansioso de volverte a ver.

